

Paul Heggarty y Adrian J. Pearce (eds.). 2011. *History and Language in the Andes*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 266 pp.

History and Language in the Andes integra un conjunto de trabajos originalmente presentados como ponencias en setiembre de 2008, en el simposio del mismo nombre, organizado por la Universidad de Londres. El volumen, parte de la serie *Studies of the Americas*, tiene como objetivo central invitar a lingüistas e historiadores a reflexionar sobre las perspectivas complementarias con que sus disciplinas pueden iluminar el pasado andino y, en este sentido, tiene en ambos grupos de profesionales su público principal (p. 4). Sin embargo, el libro no solo recoge aportes de lingüistas e historiadores acerca del pasado de esta región, sino que también incluye algunas lecturas antropológicas y otras de corte sociolingüístico, pero centradas en el presente. La publicación se presenta como complementaria a *Archaeology and Language in the Andes* (Heggarty y Beresford-Jones, eds., 2012), pero mientras que este último volumen reúne trabajos enfocados en los tiempos precolombinos, *History and Language in the Andes* toma como punto de partida cronológico “el fatídico encuentro entre Pizarro y Atahualpa” (p. 6).

El libro se divide en tres partes, además de una introducción, una nota de agradecimientos y otra nota, muy pertinente para un volumen sobre historia y lingüística en los Andes, sobre asuntos referidos a la escritura de palabras quechuas y aimaras. La primera parte reúne cuatro trabajos centrados en la época colonial previa a las reformas borbónicas. La segunda parte integra tres trabajos que recorren el período que media entre las mencionadas reformas y el “largo siglo XIX”, mientras que la tercera, titulada “Hacia el presente y el futuro”, incluye dos trabajos centrados en el siglo XX y sus proyecciones en el siglo XXI. Cierra el libro una bibliografía general —algo redundante, ya que las notas de cada capítulo contienen las referencias completas—, un índice temático y un glosario con términos históricos indígenas (*quipucamayoc*, *mita*), coloniales (*señorío*, *encomienda*) y de uso peruano actual (*cultura chicha*,

motoseo); entre estos últimos, solo cabría cuestionar la inclusión de *moteo* como extraña variante de *motoseo*, al parecer derivada de los datos en que se basa el capítulo final (p. 231).

La primera parte reúne cuatro capítulos: “Language and Society in Early Colonial Peru”, de Gabriela Ramos; “A Visit to the Children of Chaupi Ñamca: From Myth to History via Onomastics and Demography”, de Frank Salomon y Sue Grosboll; “What Was the Lengua General of Colonial Peru?”, de César Itier; y “‘Mining the Data’ on the Huancayo-Huancavelica Quechua Frontier”, de Adrian J. Pearce y Paul Heggarty. En el primero, la historiadora Ramos le da un importante respaldo al sentido general del volumen, al apuntar que el diálogo entre la historia y la lingüística, aunque difícil, puede resultar promisorio (p. 32). El texto se propone como una ilustración de las áreas del estudio del pasado andino en que el mencionado diálogo puede rendir frutos. En primer lugar, la autora revisa algunos resultados de la investigación reciente en lingüística que podrían ser mejorados mediante la participación de los historiadores. Un buen ejemplo de ello es el problema de la pervivencia de variedades regionales de la familia quechua en diversas partes del Perú, punto que tradicionalmente ha sido explicado sobre la base del supuesto aislamiento socioeconómico de algunas poblaciones andinas, enfoque que hoy puede ser cuestionado mediante aproximaciones históricas recientes. En segundo término, la autora aborda la pregunta sobre la forma en que los hablantes de diferentes lenguas andinas interactuaban entre sí antes y después de la conquista española. Como ilustración de ello, se propone explorar el contacto entre diferentes poblaciones de la costa, y encuentra que diversas fuentes “corroboran que los indios continuaron navegando a lo largo de la costa durante el período colonial [...] y que las autoridades étnicas de la costa central formaban alianzas preferentemente —e incluso de manera exclusiva— con sus contrapartes de la costa norte” (p. 25). Una ilustración lingüística de ello sería el hecho de que los apellidos de algunos curacas del valle de Lima eran de clara raigambre mochica o quíngnam (p. 26), mientras que para la costa central se presupone el quechua como “lengua materna”. En tercer lugar, Ramos formula

una comparación entre el estatus y la evolución del rol de los intérpretes en *lengua general* en Lima y en el Cuzco. Mientras que en la capital del virreinato, después de haber estado el intérprete entre “los individuos más influyentes entre la población indígena local” (p. 30), hacia 1650, el castellano había cobrado tanta fuerza que la mencionada posición, ante la Real Audiencia, estaba ya en declive (p. 31). En contraste, en el Cuzco, los intérpretes permanecieron activos a lo largo del siglo XVII, y el oficio, inicialmente en manos de indígenas, fue siendo ejercido cada vez más por mestizos bilingües, quienes fortalecieron tal vez el uso del quechua por motivaciones lejanas a la preservación de la cultura nativa, y que, más bien, estuvieron vinculadas con formas de exclusión social (p. 32) que, lamentablemente, no se desarrollan con suficiente precisión en el capítulo.

En el segundo texto, el antropólogo Frank Salomon y la arqueóloga Sue Grosboll proponen una fascinante integración entre los estudios onomásticos y la estadística, comparando, para el poblado yunga de Sisicaya, los nombres míticos presentes en el manuscrito de Huarochirí (1608) con los nombres recopilados en una “revisita” de 1588, localizada en el Archivo General de la Nación de Buenos Aires y publicada recientemente por un equipo conformado por el propio Salomon (Salomon, Feltham y Grosboll 2009). Para ello, los autores comparan la onomástica establecida para los hijos según su orden de nacimiento, presente en una nota marginal del manuscrito de Huarochirí, con los datos aportados por la revisita. Los resultados muestran tendencias distintas para los hombres y las mujeres: los primeros solían llevar nombres asociados a esta costumbre onomástica en una proporción mucho mayor que las mujeres. Sin embargo, estas últimas solían recibir el nombre de Macla, correspondiente a la madre mítica de Chaupiñamca y Paria Caca, es decir, la “madre primordial” del ciclo mítico huarochirano. La interpretación de los autores propone que, para el caso de los hombres, importaba señalar su orden de nacimiento mediante la onomástica expresamente establecida para ello (p. 50), mientras que, para las mujeres, se buscaba una asociación profunda con “un estado primordial del mundo antes que con la actualidad” (p. 55). Todo ello

refleja una respuesta específica de la población indígena frente a los nuevos y abruptos desbalances de género introducidos por la conquista, en una sociedad que, en tanto yunga, se encontraba tradicionalmente asociada con el eje femenino del panteón huarochirano, resumido en la figura de la diosa Chaupiñamca.

El capítulo tercero, a cargo de César Itier, constituye una ampliación de los argumentos presentados previamente por el autor (Itier 2000), para defender la hipótesis de que la *lengua general* quechua de la Colonia fue una variedad efectivamente practicada por los indígenas, tanto en las redes urbanas creadas por las principales ciudades coloniales como en las reducciones. En esta ocasión, Itier va más allá de esta idea, originalmente propuesta por Gérald Taylor, al afirmar, además, que la *lengua general* dejó una profunda huella entre las variedades sureñas de la familia idiomática (p. 64), especialmente en el quechua ayacuchano, el cuzqueño y las variedades del Collao y Charcas. Para desarrollar su argumento, el autor define las características de la *lengua general* tal como estas aparecen en las fuentes coloniales, tanto en la morfología y en la sintaxis como en el léxico, y, posteriormente, ofrece algunas calas sobre las circunstancias históricas que pueden explicar el surgimiento y expansión de esta variedad, profundamente relacionadas con las ciudades coloniales como polos de atracción económica para los indios. Así, la *lengua general* se muestra como una variedad que fue resultado de un proceso de “koineización” llevado a cabo en diferentes ciudades del sur andino, proceso impulsado por el contacto entre los españoles y la fuerza de trabajo indígena.

En el capítulo cuarto, Heggarty y Pearce, editores del volumen, abordan la historia de la frontera dialectal existente en la familia lingüística quechua entre Huancayo (Quechua I en la clasificación tradicional) y Huancavelica (Quechua II en la división tradicional). En contra de lo que los datos del presente muestran, los autores proponen que, en la “historia profunda” de esta familia lingüística, se puede observar, más bien, un *continuum* dialectal que corre desde el norte de Áncash hasta la región del lago Titicaca, *continuum* que se habría quebrado en la frontera mencionada por razones históricas.

Los autores buscan estas razones en un proceso posthispánico: la inmigración masiva de hablantes de quechua sureño hacia la región de Huancavelica, debido a la intensa demanda laboral creada por las minas de mercurio que era necesario explotar para el tratamiento de la plata, en el marco de la economía minera liderada por la ciudad de Potosí. “La escala y persistencia de esta inmigración fue suficiente para alterar el quechua hablado en Huancavelica de modo permanente, tornándolo más sureño, y agudizando la frontera lingüística con la región inmediatamente norteña”, concluyen los autores (p. 105). La importancia de Huancavelica para la economía minera se extendió entre finales del siglo XVI y 1786, año en que empezó su colapso. Entre los principales retos para sostener este argumento, los autores abordan dos cuestiones: la cantidad de hablantes de quechua que la migración laboral pudo conducir hacia Huancavelica y el origen geográfico de dichos hablantes. En cuanto a lo primero, visto que la cantidad oficial de trabajadores anualmente asociados a la mita huancavelicana es insuficiente para explicar un cambio lingüístico de esta magnitud, los autores señalan la importancia de una fuerza laboral indígena libre, asalariada, que habría compensado largamente las fluctuaciones de la mita oficial. En cuanto a la segunda pregunta, los autores muestran que la mayor parte de provincias que proporcionaban trabajadores para esta actividad se ubicaban al sur y al sureste del actual territorio peruano. De cualquier modo, Heggarty y Pearce reconocen que la dificultad de trazar apropiadamente la cantidad y la procedencia de los trabajadores libres “conspira contra la posibilidad de cualquier medición absoluta” (p. 103).

La segunda parte está conformada por tres artículos: el capítulo 5, “The Bourbon Reforms, Independence, and the Spread of Quechua and Aymara”, de Kenneth J. Andrien; el capítulo 6, “Reindigenization and Native Languages in Peru’s Long Nineteenth Century (1795-1940)”, de Adrian J. Pearce; y el capítulo 7, “Quechua Political Literature in Early Republican Peru (1810-1876)”, de Alan Durston. En el capítulo 5, el historiador Andrien argumenta que las escasas fuentes históricas disponibles proporcionan poca indicación de que las políticas ejercidas por el Estado colonial tuvieran efecto

alguno en el uso del quechua y el aimara durante el siglo XVIII y la era de la Independencia. Esto incluye eventos habitualmente considerados tan negativos para la suerte de los idiomas indígenas como la expulsión de los jesuitas (pp. 119-120), las políticas represivas que siguieron a las rebeliones indígenas de Túpac Amaru en el Cuzco, Túpac Katari en La Paz y Tomás Katari en Chayanta (p. 120) y el establecimiento del régimen de las intendencias, uno de cuyos objetivos fue la “extirpación de los idiomas indígenas” (p. 120). En consonancia con Gabriela Ramos, el autor resalta que los historiadores han hecho pocos aportes al estudio de los usos lingüísticos en los Andes, a pesar de que las escasas fuentes primarias existentes les permitirían presentar avances significativos, en colaboración con miembros de otras disciplinas como los antropólogos y los lingüistas (p. 127).

En el capítulo 6, el historiador Adrian J. Pearce revisa el período que va de 1795 a 1940, examinando los datos demográficos sobre cantidades de indígenas y mestizos, para abordar el problema crucial de la pervivencia del quechua y el aimara en el sur, paralela a la desaparición de los idiomas indígenas norteños, tanto de la costa como de la sierra, a lo largo del mismo período. Pearce se basa en trabajos previos de historia demográfica que muestran que las provincias peruanas con mayorías no indias estaban concentradas en el norte del país, a diferencia del sur y el centro, donde se dio un proceso de “reindigenización” que tuvo, además de implicancias demográficas, consecuencias políticas, culturales y lingüísticas; más en concreto, en relación con esto último, el fortalecimiento del quechua (y probablemente también del aimara). La reindigenización se entiende en este texto como un proceso que permitió a las poblaciones nativas recuperarse no solo en términos demográficos sino también económicos y políticos, durante el periodo que va de la independencia, en la década de 1820, hasta por lo menos la década de 1850 e incluso después, hasta la Guerra del Pacífico, 1879-1883, en un momento de inestabilidad política y de debilidad de las elites criollas regionales para controlar la fuerza de trabajo indígena. La explicación es sugerente no solo para interpretar, como propone Pearce, la paulatina

desaparición de los idiomas indígenas norteños, como el mochica y el culle, sino también la del puquina, probablemente ocurrida antes de iniciado este proceso de fortalecimiento demográfico y político.

Alan Durston recorre, en el capítulo 7, la literatura política escrita en quechua en el período republicano temprano, entre 1810 y 1876. En primer término, el capítulo describe con minuciosidad la propaganda quechua de los tiempos de la guerra independentista, contexto en el que se produjeron proclamas vinculadas a las Cortes de Cádiz, traducciones de importantes decretos en nombre de José de San Martín y de Bernardo O'Higgins, y, luego, “una verdadera guerra propagandística en quechua entre las fuerzas independentistas basadas en Lima y las realistas, asentadas en la cordillera, bajo el mando del general José Canterac desde su base en Jauja” (p. 167). En segundo lugar, el texto analiza un pequeño grupo de textos panegíricos dirigidos a los caudillos que se enfrentaron por el poder en el período que corre entre la dictadura de Bolívar y la llamada *pax andina* de Ramón Castilla. Durston distingue en este grupo dos registros diferentes en el discurso político: uno de corte más literario, asociado a la ideología incaísta y dirigido a la elite, y otro de raigambre popular, que recuerda los huainos actuales por su fuerte uso del paralelismo y la centralidad temática de las entidades naturales (p. 173). Finalmente, el autor revisa un conjunto de textos quechuas asociados al programa civilista, inaugurado en 1872 con la elección de Manuel Pardo. El autor encuentra un significativo “boom” del interés por el quechua al final de la década de 1870. Autores como José Fernández Nodal y José Dionisio Anchorena publicaron gramáticas en este período, con el apoyo del gobierno de Pardo en el último caso. Finalmente, se revisa en el capítulo una serie de esfuerzos destinados a traducir la legislación nacional al quechua, iniciativas asociadas a la actividad de la Sociedad Amiga de los Indios. Estas últimas traducciones, plantea Durston en sus conclusiones, “muestran continuidades en las soluciones terminológicas con los documentos de la era de la independencia” que podrían tal vez constituir una tradición que futuros ejemplos documentales podrían contribuir a develar.

La tercera parte del volumen está integrada por dos textos: el capítulo 8, “The Quechua Language in the Andes Today: Between Statistics, the State, and Daily Life”, de Rosaleen Howard, y el capítulo 9, “‘Ya No Podemos Regresar al Quechua’: Modernity, Identity, and Language Choice among Migrants in Urban Peru”, de Tim Marr. Ambos textos, de corte sociolingüístico, ofrecen una mirada más actual a las relaciones entre el quechua y las sociedades andinas. En el primero, Howard, aprovechando su vasta experiencia de campo en poblaciones bilingües quechua-castellano de Ecuador, Bolivia y Perú, presenta un panorama de la situación de la familia lingüística quechua y sus hablantes en los tres países andinos. Para ello, utiliza una metodología híbrida que se inicia con una revisión de las estadísticas recientes y la distribución de hablantes, continúa con un examen de las políticas lingüísticas en los tres Estados, con particular referencia a temas de derechos lingüísticos, y concluye con la presentación de breves estudios de caso referidos a los tres países, que ilustran la manera en que los procesos de contacto lingüístico han influido en los usos del quechua en la vida cotidiana. Las conclusiones derivadas de esta metodología incluyen la idea de que “el cambio social en los Andes está avanzando tan rápidamente que los hablantes de lenguas indígenas están inexorablemente atrapados en el deseo de virar hacia el español, especialmente como resultado de la migración urbana” (p. 205), incluso en casos individuales en que existen fuertes conexiones emocionales con el idioma indígena. Sin embargo, al mismo tiempo, la autora propone que la fuerza que parecen estar tomando las identidades indígenas en algunas regiones andinas, particularmente en Bolivia, “pueden constituir la condición necesaria para una eventual revitalización lingüística en las futuras generaciones” (p. 206).

El capítulo 9, a cargo de Tim Marr, examina el comportamiento lingüístico de migrantes quechuahablantes residentes en áreas urbanas del Perú, especialmente Lima, desde un enfoque que vincula los hechos del lenguaje con la identidad. El autor describe las asociaciones del idioma con el pasado, la historia, las personas mayores y las restricciones económicas, sociales y geográficas. De este modo, se

sugiere que, para muchos de estos migrantes, el quechua se presenta como incompatible con la modernidad y con la imagen del migrante exitoso. Así, el autor concluye que la sustitución lingüística a favor del castellano puede no ser solamente un resultado inexorable del poder de la lengua mayoritaria, sino también un “acto de identidad”, relacionado con una visión de los propios migrantes como personas ambiciosas que luchan por labrarse un futuro mejor en el nuevo contexto urbano. De este modo, se entiende la reflexión que da título al capítulo, formulada por un migrante ancashino en Lima, que resume su propia elección lingüística con el enunciado “Ya no podemos regresar al quechua”. En este sentido, la apelación a la ver-güenza idiomática como única explicación para la sustitución lingüística resulta solo parcialmente convincente y “no parece calzar fácilmente con la marcada confianza en uno mismo que caracteriza a la cultura del migrante” (p. 233). Para ilustrar estas características culturales, el autor presenta un conjunto de letras de música chicha de conjuntos como Los Brillantes, La Nueva Crema, Los Shapis y Los Mojarras. No se detiene, sin embargo, en brindar mayores detalles sobre los contextos en que se realizaron las entrevistas —salvo una referencia general al *cono sur*— ni en las características de la recolección de datos lingüísticos, realizada entre 1995 y el 2005 (p. 217).

El volumen reseñado recorre, así, una amplia gama de temas que engarzan hechos lingüísticos e históricos que tienen a los Andes como escenario de fondo. Las elecciones onomásticas entre los indígenas de Huarochirí a finales del siglo XVI, la labor de los intérpretes en Lima y Cuzco del siglo XVII, las políticas lingüísticas borbónicas del XVIII y la extinción de las lenguas norteñas entre los siglos XIX y XX son solo algunos de los grandes tópicos interdisciplinarios que se abordan con profundidad y sutileza en este libro. El cometido de los editores, de invitar a lingüistas e historiadores a reflexionar sobre las perspectivas complementarias con que sus respectivas disciplinas pueden iluminar el pasado andino, se encuentra, así, ampliamente cumplido. No obstante la falta de detalles sobre aspectos metodológicos en algunos capítulos y la

ausencia de precisión en algunas remisiones bibliográficas a lo largo del volumen,¹ resulta claro que el conjunto de estudios reunido en *History and Language in the Andes* será una referencia importante para los trabajos que en el futuro busquen abordar los complejos vínculos entre lengua e historia en el área andina.

Luis Andrade Ciudad
Pontificia Universidad Católica del Perú

Referencias bibliográficas

- HEGGARTY, Paul y David BERESFORD-JONES (eds.)
2012 *Archaeology and Language in the Andes. A Cross-Disciplinary Exploration of Prehistory*. Oxford, NY: Oxford University Press.
- ITIER, Cesar
2000 “Lengua general y quechua cuzqueño en los siglos XVI y XVII”. En *Desde afuera y desde adentro. Ensayos de etnografía e historia del Cuzco y Apurímac*. Eds., Luis Millones, Hiroyasu Tomoeda y Tatsuhiko Fujii. Osaka: National Museum of Ethnology, 47-59.
- SALOMON, Frank, Jane FELTHAM y Sue GROSBOLL
2009 *La revisita de Sisicaya, 1588. Huarochirí veinte años antes de Dioses y Hombres*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.

¹ Por ejemplo, en el capítulo 1, al remitir a la bibliografía pertinente sobre onomástica quíngnam, se dice solamente lo siguiente: “On Quingnam names, see Adelaar with Muysken, *The Languages of the Andes*”, pero *The Languages of the Andes* es, como se sabe, un libro demasiado amplio como para una referencia tan general; en el capítulo 7 se hace referencia a la tendencia de las canciones folklóricas andinas a usar paralelismos y a la importancia de las entidades de la naturaleza en su contenido, pero no se citan las referencias correspondientes; y en el capítulo 9 se obvia una vasta bibliografía referida a la influencia del quechua en el castellano, citando un solo estudio al respecto (nota 10, p. 235). Sobre el capítulo 9 también se podría observar la ausencia de precisión sobre los aspectos metodológicos de la recolección de datos en que se basa el estudio.